

No matarás

*Ana María Zagari
Alejandra González
Beatriz Gercman*

ANA MARÍA ZAGARI: La Doctora Ana María Zagari es Directora de la Escuela de Filosofía de la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad del Salvador. Es Profesora Titular de la cátedra de Filosofía Social y coordina el Instituto de Investigaciones Filosóficas (IFIL). Asimismo, dirige la investigación: Kusch, un pensador extemporáneo. Actualmente, preside la Comisión Académica del Cincuentenario USAL.

ALEJANDRA GONZÁLEZ: La autora es Profesora de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial en Filosofía egresada de la Universidad del Salvador. Se desempeña como Profesora Titular de Introducción a la Filosofía y Antropología Filosófica en la Facultad de Psicopedagogía y Psicología de la USAL. Actualmente, cursa el Doctorado en Filosofía en la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la Universidad del Salvador, así como el Magíster en Estudios Bíblicos en el Instituto Universitario de Estudios Teológicos (ISEDET).

BEATRIZ GERCMAN: La autora es Profesora de Filosofía en la Universidad del Salvador y también en la Universidad de Buenos Aires y en el CBC. Ha sido docente de la Olimpiada Nacional de Filosofía y cursó la especialización en la Articulación de la Filosofía con el Psicoanálisis. Se desempeña, asimismo, como Profesora en Ciencias Sociales en la USAL y dicta, en la Carrera de Filosofía de la USAL, Filosofía Social como Adjunta de la Doctora Ana Zagari.

Hemos tomado como hilo de nuestra reflexión el nombre de las Jornadas de Ética que ha propuesto nuestra escuela de Filosofía. Y no es una decisión ingenua en tiempos en que el **no matarás** se hace necesario en un lazo social debilitado por la violencia y la exclusión.

Aristóteles comenta que la filosofía nació en las prósperas colonias, es decir, allí donde los hombres no están reducidos a la pura animalidad de la economía, la oikonomia, administración del hogar ligada a la supervivencia

Se nos plantea cómo pensar, entonces, en estos tiempos de miseria, donde el 35% de la población mundial vive con menos de un dólar diario y no tiene así la posibilidad de dedicarse al libre ejercicio de la facultad de pensar, o donde de cada 269 personas una es migrante por causas religiosas, políticas o económicas, y se ve obligada a vivir fuera de su polis, de su lugar de origen, allí donde la ciudad nos hace libres. ¿No es algo que cabe, acaso, en la reflexión filosófica? ¿No tendremos entonces que inventar una filosofía para tiempos antifilosóficos? ¿Y no será, en definitiva, lo mismo que plantear un lugar para la vida en medio de una pulsión de muerte desatada como violencia letal o bajo la forma de pasiva resignación? Para pensar, para que haya espacio para la acción, es preciso, antes que nada, resolver el orden de las necesidades. Es preciso preservar la vida biológica, recortarla en sus rasgos, ver en el prójimo no lo que es: un delincuente, un ser peligroso para nuestra propia existencia precaria, sino el quien es, la pura potencia de la vida palpitante, lo que podría ser si se desplegara. Un individuo, el otro o yo, es aquel que está privado de todo poder. En el momento en que el otro nos apunta con su arma, nos amenaza o golpea, somos el individuo que debe resistirse. Debe resistirse a morir. NO matarás es también no morirás en vano. No te dejarás morir. Es lo que interrumpe la pura violencia que liga a dos seres. Siempre hay una mediación entre ambos. Eso es la ética. No es un pacto, ni un convenio ni un acuerdo entre subjetividades. Es un tercero que rompe la ligadura pulsional. Es una ley sin nombre ni rostro, que se enuncia como prohibición y que entonces permite el desarrollo de la cultura, del orden de lo imaginario, las formas de la vida domeñada para la cultura. Si la zarza ardiente es el único modo de la hierofanía es porque Dios sabe que el hombre no puede soportar más que por instantes la plenitud divina. Muerte y vida unidas y entrelazadas son una potencia arrasadora. Por eso, la ética es una función de lo Otro, pero siempre en el campo de la cultura, allí donde un mandato se articula como lenguaje. Donde el significante es marca de la carencia. De una nada con borde que se precipita en palabras para dar a los sujetos un lugar desde donde asirse, al menos imaginariamente.

Se expresa bajo la forma de un mandato. Desde un enunciador otro, ubica al que lo escucha en el lugar de obediencia. Con la fuerza atávica de los diez mandamientos y la forma de la segunda persona del imperativo kantiano. Frente a lo imperioso de la frase, parece que quienes escuchamos solo podemos ser súbditos, sometimiento a una ley que se proclama primera en el ámbito de la palabra. Además, bajo la forma de un no hacer, de una prohibición de actuar. Sin embargo, semejante mandato, inhibitorio, es el cobijo necesario para el despliegue de la pluralidad. La prohibición del matar es condición de posibilidad de desarrollo subjetivo. Es la palabra primera, porque reconoce una positividad: hay vida. No acabes con ella.

Reconcimiento de un estar en medio de todo lo que es, en el sentido heideggeriano, pero a la vez establecimiento de un límite, frontera que al separar a unos seres de otros permite que se interrelacionen. Poder, como aparición ante otro por medio de la palabra y la acción. Como dice Hanna Arendt, si bien es cierto que los hombres todos vamos a morir, no estamos hechos para ello. Por eso, el "No matarás" tiene como trasfondo la vida y la ineluctabilidad de la muerte. Al menos, aquella que puede evitarse, la ocasionada por nuestra propia mano. Qué instrumento inventado por el hombre podría justificarse si sirve a los fines de una muerte, no la inevitable del ciclo natural, que no es sagrada, sino por su irremediabilidad. Allí, Antígona, una vez más leída por Hegel, nos recuerda que si bien la muerte es el Amo absoluto que se impone, los humanos tenemos posibilidad de mediar con la cultura para arrancar a lo letal su carga natural (terminando como pura carne para las aves de carroña) y volverlo una muerte en el seno de la cultura mediante las honras fúnebres. Un modo de volver a la carne cuerpo y al cuerpo memoria. Así, las heridas adquieren algún sentido contra el absurdo. También el "No matarás" es, a pesar de erigirse en una prohibición de acción, la fuente de todo acto. De la ética y de la política. Una prohibición en el origen es el trasfondo sobre el que se teje la trama de la palabra y de la historia. La voz que prohíbe no impide, sino que produce la proliferación de la diferencia humana.

El "No matarás" devela, también, una estructura triádica. Un yo se dirige a un tú en relación a un tercero a quien no se hará padecer. Surge no solo una relación dialógica, sino, además, lo que media allí interceptando la inmediatez de las conciencias. Para que la lucha por el reconocimiento, el amor y el odio que engendran, no se agote en sí misma o no agote al otro en su ser, es necesario, como dice Kant o Freud, una ley que prohíba el asesinato. Incluso, para que el amor, y hasta el odio, perduren, en su inevitabilidad, pero teniendo fruto. La terceridad que constituye la lábil frontera en la lucha por un reconocimiento imposible, después de todo, porque los individuos no se identifican más que en su falta en ser. La sustancia, como el infierno, siempre son los otros.

El No matarás se pronuncia también en contra de todo historicismo, de todo idealismo absoluto. Una ley que en su materialidad no se toma a sí misma como objeto, y con la cual no hay identificación posible alguna. Solo permite la reflexión en cada instante sobre el tenor de nuestro acto. Cómo congeniar la voracidad de la pulsión de vida con el sordo rumor de la pulsión de muerte. La cultura es la incorporación devota y ordenadora de lo monstruoso en el culto de lo divino, dice el personaje de la novela de Thomas Mann.

El No matarás, además, no es una prédica individualista. Lo que permite es el despliegue de la subjetividad, de la diferencia, no del átomo. No matarás el cuerpo,

ni la vida, ni la salud, ni la cultura ni la posibilidad del otro. Tal vez haya que recuperar del liberalismo lockiano no solo la defensa de la propiedad de la que tanto se ha encargado el capitalismo, sino la propiedad de lo propio: el cuerpo, la salud, la labor de las manos, el fruto de nuestro trabajo, el derecho al nombre, la libertad de peregrinar en un mundo de inmigrantes e indocumentados.

Pero, si queremos retomar ese resto caído del devenir, ese individuo, la categoría kierkegaardiana por excelencia, será necesario que veamos cómo se constituye esa frontera endeble que lo separa del círculo de la absoluta privacidad –privacia de todo poder- para acceder a la esfera de lo público. Un ámbito en donde la historia lo puede tomar como objeto de relato *-narratio-*. De lo contrario, solo nos quedará la imagen releída por Benjamin del ángel del progreso, que mira con horror un presente devastado en función de un futuro ¿mejor?

¿Valdrá la pena recuperar ese resto, esa pérdida que se cifra en un cuerpo no atravesado por el espíritu, esa particularidad, contingencia de un hacer no pensado, puro presente en su instantaneidad, amenazado siempre de desaparición? ¿Cómo construir un lugar para lo que no lo tiene? ¿Cómo hacer lugar para una palabra que todavía no afirma ningún sentido, para un dolor que no tiene nombre, para una revuelta que no ha triunfado, para una acción que no es gesta?

De un modo clásico, la pregunta es aquella por la que se sintió interpelado Agustín desde el Otro Absoluto. No el ¿qué eres? a quien la respuesta “un hombre” bastaría en tanto “hombre” define un ente. Sino el “¿quién eres?”. ¿Acaso el nombre puede recubrir el vacío que abre esa pregunta? Si pensáramos al sujeto como el dador de nombres, como el que completa la creación divina - dándole el lugar simbólico a las cosas que no faltan en lo real gracias a la obra de Dios- tal vez el “Soy Agustín” respondería a la voz de Dios, a la pregunta por el ser que debería estar en el lugar de mi transcurrir temporal. Apresados por esa interrogación, los individuos hacemos algo en el tiempo que nos es dado. Y cuando a la pregunta por la identidad, se responde con los nombres de las cosas, con los nombres de las cosas que no somos, se va bordeando la frontera que instaura la interioridad. Interioridad vacía, perfilada desde un borde que permite, al menos, la elección de algunos significantes que fallan en representarnos, propios de la epocalidad en que la pregunta surge, y que, gracias a su fracaso, constituyen nuestro devenir histórico. Pregunta que abre el camino a una respuesta que será dada por otro después de nuestra muerte. No nos es dado saber quiénes somos, al menos durante nuestro propio recorrido. Será una mano extraña la que escriba el nombre definitivo, en una inmortalidad solo alcanzable luego de haber culminado nuestra vida. El sentido será dilucidado después y muchas veces en lecturas repetidas, y finalmente borradas por el olvido. El no matarás es, entonces, también una forma de la memoria.

La pregunta acerca del destino de esta particularidad, y su transposición a lenguaje, es la que nuevamente nos inquieta. Si la pregunta por el quién nos remite a un nombre que no acabamos nunca de pronunciar hasta el instante de nuestro fin (“...que ningún hombre diga que ha sido feliz hasta que haya transcurrido el último día de su vida...”) ¿cómo responder a la interrogación que quiere dar a nuestro más íntimo padecimiento un estatuto simbólico. Para el dolor, como recuerda Hanna Arendt, para ese instante del dolor físico, en el que cada quien está absolutamente solo, no hay palabra. El No matarás cobija ese espacio de puro advenimiento. Ese retazo aun indefinido. Por eso, queremos plantear el despliegue del No matarás. Su interpretación en el campo de la juridicidad, para lo que no tienen estatuto de ciudadanía; en el de la bioética, para los que están en el borde de la célula, entre la vida y la no vida; en el de la ética, para quienes aún no han advenido la culpa ni la responsabilidad; en el de la política, para aquellos que no han tomado la palabra ni tiene un espacio en lo público de la polis. La filosofía puede decir algo en este sentido, *construyendo un pensar a partir del No matarás, para que se pueda también habitar.*